



XVI

MILAGROS, MISIONES, MARTIRIOS

“El cuarto año siguiente á la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen, en las orillas del Gave, cerca de la ciudad de Lourdes, situada en la diócesis de Tarbes—Francia—la Virgen María en persona se apareció repetidas veces en el hueco de una roca—dentro de la Gruta de Massabielle—á una niña muy pobre, pero inocente y piadosa, á quien el lenguaje popular llamaba Bernadette.” (1)

Las palabras anteriores son de la Iglesia; pertenecen al oficio concedido por León XIII á Nuestra Señora de Lourdes, y refieren la historia más poética, maravillosa é instructiva del siglo XIX. (2)

En la patria de Voltaire, en la cuna del positivismo, en el país más ilustrado de la tierra, se renuevan los prodigios del siglo XV. Otra pastora como Juana de Arco, entra en comunicación directa con el mundo sobrenatural. Ve á la Santísima Virgen, le habla, manifiesta que la celestial Señora desea se convierta en santuario la gruta pirenaica, en donde se verificaban las múltiples apariciones, y comprueba la verdad de su extraordinario testimonio, primero con la expresión de angelical inocencia de su rostro, y el sello de profunda

sinceridad de sus palabras; y después, abriendo una fuente de aguas vivas, copiosas y perennes, en donde no había antes más que estéril polvo (3), sin más instrumento que su dedo, en presencia de una multitud incontable que no descubría la aparición, pero sí el éxtasis de la vidente.

Después de ese prodigio, la Virgen reveló su nombre á la pastora, y ya todo el mundo creyó ó debió creer que la feliz niña había recibido la inefable gracia de ver y de hablar á la Inmaculada Concepción.

Así se llamó María en Lourdes, repitiendo las palabras de Pío IX; así el milagro venía á confirmar la verdad del misterio.

Y desde entonces el agua de la nueva fuente comenzó á curar las enfermedades; las multitudes, como en los tiempos medioevales, afluían en peregrinación á la santa gruta; los Obispos y los Papas autorizaban y estimulaban el nuevo culto; la ciencia discutía los prodigios y á la luz de la discusión, más resplandecía su verdad; las autoridades liberales, primero, y la literatura incrédula después, quisieron ahogar ó desacreditar el milagro, y no lograron más que dar una prueba de absoluta impotencia y añadir más brillo á los prodigios; el culto que comenzó por la adoración y el éxtasis de una pastorcita montañesa, fué extendiéndose, extendiéndose, de Lourdes á París, de París á Roma, de Roma al mundo; y ya no existe villorio de Oceanía, de Asia, de Africa, en donde haya un grupo de católicos, que carezca de un templo de Lourdes, de un altar que represente la gruta de Massabielle, ó al menos, de la imagen de la Virgen, de pie sobre el rosal silvestre, y de hinojos frente á ella, la pastorcita pirenaica.

Cuando se lee la historia de Nuestra Señora de Lourdes por Enrique Laserre, insigne escritor que supo narrarla en estilo digno de ella, es preciso de todo punto creer en la verdad de las apariciones y de los milagros.

El agua del manantial que hizo brotar Bernadette durante un éxtasis ante millares de testigos (4), carece de virtudes terapéuticas, y su simple contacto ha vuelto la vida á un niño moribundo ó muerto quizá (5); restituído la vista á muchos ciegos; el movimiento á

centenares de paralíticos, y el habla á los mudos; ha curado instantáneamente la caries de un hueso (6), el herpis de la mano, el lupus de la cara, y gravísimas lesiones en diversos órganos, sin que la sugestión ó el hipnotismo hayan podido ser la causa de la curación, en virtud de que muchas de esas maravillas se han operado en niños inconscientes, en personas enteramente despreocupadas y aun en algunos incrédulos. (7)

El famoso doctor Boissarie ha establecido en Lourdes una oficina de demostraciones en que cuarenta ó más médicos, durante las grandes peregrinaciones francesas, hacen estudios concienzudos de las enfermedades antes de la curación y después de ella, viéndose precisados á certificar infinitos casos milagrosos y poniendo de relieve este solemne testimonio del doctor Verger: "*lo que pasa en Lourdes es la permanencia del milagro.*" (8)

Por lo que á mí toca, después de haber leído mucho de lo que se ha escrito en pro y en contra acerca de Lourdes, exclamo con Monseñor Ricard en una de sus cartas al famoso autor de la novela más leída que ha circulado contra las apariciones y los milagros de la gruta: "Dios me libre de anticipar el juicio definitivo de la Iglesia; pero creo en las apariciones de la Virgen de Lourdes, del mismo modo que en el Credo." (9)

El mismo doctor Verger, comisionado por el Obispo de Tarbes para dirigir la investigación médica que precedió al juicio de la autoridad eclesiástica acerca de aquellas maravillas, se expresa con relación á la fuente milagrosa, en estos términos, bastantes por sí solos para tirar de la oreja á la desdeñosa incredulidad y decirle: no pases sin mirar: estudia.

"Por el examen de los hechos más auténticos, superiores al poder de la ciencia y del arte, he visto, he tocado la obra divina, el milagro.

"He visto agua natural dotada de una virtud superior á las fuerzas de que dispone la naturaleza y de una divergencia de acción absoluta. Esta agua siempre invariable, ha producido á mi vista efectos sobrenaturales muy distintos y sin analogía entre sí:

"Arrebatar á la muerte un niño agonizante, restablecer la vista de un ojo insensible á la luz, á consecuencia

de profunda lesión traumática; devolver la plenitud de los movimientos á miembros paralizados; curar una úlcera crónica extensa y muy rebelde: tales han sido sus primeros efectos.

“Los que han seguido á éstos no son menos asombrosos y concluyentes; algunos ha habido en enfermedades consideradas incurables, tisis en su período último, cáncer y ataxia locomotriz.

“La mies ha sido rica, abundante y de larga duración.” (10)

En cambio, el célebre doctor Voisin, médico de la Salpêtrière, colega del gran Charcot, estaba tan convencido de la locura de la vidente, “que no vaciló en enseñar en su cátedra, no haber pasado mucho tiempo sin que Bernardita diese señales de enajenación mental, habiendo sido preciso encerrarla en un manicomio privado, del cual daba á conocer la dirección.” (11)

También Larousse en el famoso Diccionario (art. Lourdes) da á entender que la fuente existía antes de las apariciones, á pesar de que cuando esa enciclopedia se escribió, ya Laserre había publicado su famosa historia (el articulista la cita) en que demuestra á no dejar la más ligera duda que el manantial brotó del seco polvo, cuando la Santísima Virgen mandó á la niña que cavase en la tierra con el dedo: “La pastora—dice el articulista—por mandato de la aparición, *bebió algunos sorbos de agua en el manantial vecino.*” Después agrega que una fuente cercana á la gruta comenzó á considerarse como milagrosa, ¡y nada más!

¡Qué conciencia la de los sabios incrédulos! ¡qué veracidad! ¡qué honradez! Voisin declaraba loca á Bernadette que toda su vida DIO LAS MAYORES PRUEBAS, NO DIGAMOS DE CORDURA, SINO DE SENSATEZ; que jamás estuvo en ningún hospital; que después de las apariciones, encerrada en un convento de Hermanas de la Caridad, de Nevers, fué hasta su muerte, acaecida en 1879, modelo de prudencia, de buen juicio, de afabilidad, de celo en el cumplimiento de sus deberes, de angelical modestia que le impedía hablar siquiera, salvo que se le mandase hacerlo, del privilegio asombroso que le concedió el cielo. (12) Y Larousse, ó calla con malicia el hecho de la aparición del manantial ANTE INNU-

MERABLES ESPECTADORES, durante uno de los éxtasis de la vidente, ó lo ignora por completo, lo que indica que no leyó toda la historia de Lourdes, ni aun siquiera la escrita por los diarios liberales de la localidad, que no pudiendo ocultar el prodigio como al principio pretendieron, trataron de explicarlo de una manera que provoca la hilaridad ó la lástima.

Zola no les va en zaga á estos infelices libelistas, calumniadores de la vidente, y Monseñor Ricard en sus famosas cartas al gran escritor, pone de relieve su inconcebible ligereza y su repugnante mala fe.

Si la impiedad quisiera ver; si no cerrase obstinadamente los ojos á la luz, ¡qué manantial de fe no encontraría en aquella fuente, en medio de aquellas multitudes de enfermos que hace más de cuarenta años gritan durante las peregrinaciones en presencia de alguna curación maravillosa: ¡milagro! ¡milagro!

Y no sólo en Lourdes se verifican éstos; en todo el mundo, en París, en New York, en Singapoore, en Mandchuria, en los centros más civilizados y en las más apartadas regiones de la tierra, por intercesión de la Virgen pirenaica, se han operado maravillas inexplicables naturalmente. (13)

Y estos milagros satisfacen todas las exigencias de Renan. Quería el apóstata que el taumaturgo operase ante un arcópagó, ante seis ó siete académicos por lo menos, á toda luz, en estos tiempos modernos en que nada se escapa á la perspicacia de la ciencia, y si tan ilustrados jueces declaraban el milagro, sólo entonces habría que creerlo. Pues bien, ante CUARENTA ó más médicos, ante multitudes compuestas de hombres de todas clases, entre ellos muchos ilustradísimos, se han comprobado, satisfechas todas las condiciones de Renan, centenares y aun miles de milagros, y sin embargo, Renan no creyó. El y otros muchos se abstuvieron de concurrir á Lourdes, porque lo cierto es que la incredulidad huye de la verdad, la teme y la odia.

¡Qué gloria para Pío IX! ¡El cielo repitió sus propias palabras! La Virgen santa agradecida á la tierra por el homenaje del gran Pontífice, hizo brotar en la nación más necesitada de fe y de esperanza, un venero perpetuo de milagros. El Párroco de Lourdes pedía á la pastora como prueba de su sinceridad, rogase á la

Virgen hiciese florecer el rosal silvestre, seco y marchito por el invierno, en que la celestial criatura posaba su planta virginal. María sonrió al oír aquella súplica candorosa, y en vez de la prenda que se le pedía, hizo brotar una fuente cuyas aguas dan la vida á muchos enfermos, el arrepentimiento á muchos pecadores, la luz á muchas almas sombrías. El dogma se confirmó con portentos. El milagro es el esplendor más brillante de la verdad.

* * *

El siglo de la Inmaculada ha sido en la edad moderna el de las órdenes apostólicas y de las misiones.

No queremos quitar sus legítimas glorias al siglo XVI, que ilustró San Francisco Javier, en Goa y en el Japón, y tantos misioneros insignes en la América española. Ni aun podremos decir en cuál de las dos edades fué más fecunda la acción apostólica de la Iglesia. Pero para que nuestro siglo XIX pueda llevar ya legítimamente el nombre que le damos, basta que sea comparable al gran siglo que vió nacer la Compañía de Jesús, para no decir más.

Si echamos una ojeada á la estadística y comparamos, como lo hace el P. Forbes en sus preciosas conferencias (14), el estado de las misiones en 1800 y en 1900, nos quedaremos asombrados del prodigioso adelanto, y cuando las comunidades religiosas que proporcionan exclusivamente los misioneros, han sido perseguidas, suprimidas, despojadas, ahora aquí, luego más allá, algunas veces simultáneamente en todas partes; cuando el libre pensamiento, la sensualidad, la degradación del carácter, los respetos humanos, cada día combaten más y más el espíritu de abnegación y de martirio, no podemos atribuir el nacimiento de tantas y tantas vocaciones insignes y la cosecha universal de sus ópimos frutos, sino á la Virgen Inmaculada, á la Madre del eterno modelo de los misioneros, de apóstoles y mártires.

La Iglesia universal pedía la declaración del dogma. Aquella voz solemne que se levantó unánime en el Vaticano en la asamblea de Obispos de 1854. (*Pater, Pater! confirma fratres tuos!*) era la explosión del al-

ma de la Iglesia Católica. Quinientos Obispos de las cinco partes del mundo, pedían en nombre de su grey se elevara á la Madre de Dios el homenaje más glorioso que después del de Efeso hayan visto los siglos, y la munificente Reina correspondía á aquel grandioso acto de justicia y de adoración universales, vigorizando sobrenaturalmente, puede decirse, la virtud apostólica de la cristiandad.

¿Y á qué naciones se debe principalmente en el siglo pasado la expansión incomparable del catolicismo en los países infieles? ¿Cosa asombrosa y que demuestra precisamente la intervención sobrenatural, ó al menos extraordinaria del cielo! á Francia y á Inglaterra, á la sede principal del paganismo moderno y á la nación protestante por excelencia.

De ocho á nueve mil misioneros varones, seis mil son franceses y de treinta y cinco mil religiosas misioneras, treinta mil son francesas también. En cuanto á Inglaterra, á donde quiera que va, y va á todas partes, establece la libertad religiosa, quizá con miras utilitaristas, y de ella se aprovechan los misioneros católicos, con los que no pueden luchar los protestantes en igualdad de circunstancias. (15)

De Maistre (*Soirée II*, pág. 242), dice: "todo anuncia no sé qué vasta unidad, á la cual caminamos á toda prisa." En efecto, la unidad católica se descubre á lo lejos. Probado está que el catolicismo, donde se predica, triunfa, y se predica en todas partes. Su victoria no será completa y definitiva, sino hasta dentro de varios siglos; pero ya se puede predecir con certidumbre.

En el siglo XVIII y á principios del XIX, algunas misiones estaban en ruinas, otras apenas se desarrollaban, y muchas de las actuales no existían ni por asomo. El P. Forbes, dice:

"Las misiones sufrían entonces la peor de las plagas, verdadera inopia de sacerdotes: la Propaganda en Roma estaba desorganizada, los seminarios se cerraban, las vocaciones escaseaban, y no había mucho que esperar de las casas religiosas, en otros tiempos semillero de apóstoles y ahora ruinas deshonoradas que derrumbaría la primera tempestad." (16)

¿Qué pasa en 1900? El corazón se ensancha y la fe